

Descubriendo la injusticia, luchando con la educación

Una de las cosas más importantes cuando uno vuelve de voluntariado es trabajar para que todo lo que has vivido no se quede en un mero recuerdo, es importante contar lo que has vivido para concienciar a la gente de que existe otra realidad en el mundo, de que de verdad no nos damos cuenta de lo afortunados que somos y de que no podemos seguir ignorando lo que ocurre en los países pobres o empobrecidos.

Los primeros días los pasamos en Ouidah, en el hospicio de niños huérfanos y discapacitados que tienen allí las religiosas agustinas. Tengo que mencionar la extraordinaria labor que hacen estas religiosas, es alucinante ver como cada minuto del día lo invierten en cuidar a los demás, a nosotros nos trataban como si fuésemos los invitados más importantes del mundo y desde luego se desviven porque los niños sean felices.

Cuando a mí me hablaban de niños discapacitados pensaba en el típico niño en silla de ruedas bien vestido de una casa de niños discapacitados española. Por eso, fue un choque, nada más llegar, ver como un montón de niños descalzos con la ropa sucia y llena de agujeros se acercaban a mí como podían, cojeando, y con la baba cayéndoseles solo para tocarme y abrazarme. Y es que algo verdaderamente impactante para mí fue ver como estos niños con que les des la mano y te sientes un rato al lado suyo son felices.

Además, vi como estos niños valoran cada cosa que les das por muy pequeña que sea. Pélagie, una de las niñas huérfanas del hospicio, cada cosa que le regalabas, como por ejemplo un simple globo, la guardaba en una cajita en el bolsillo de su vestido, como si fuera un tesoro. Cuando yo veía eso me sentía mal, porque, pensándolo bien, yo tengo una casa llena de cosas de las cuales más de la mitad ni las uso.

Cuando Pélagie me enseñó donde dormía me llamó muchísimo la atención, porque en una habitación más pequeña que la mía de Madrid, dormían 7 niños, dos de ellos en una esterilla en el suelo. En ese momento lo que pensé es por qué yo tengo derecho a una casa tan grande con tanto espacio cuando estos niños no tienen ni una cama para cada uno, y de nuevo me sentí culpable, culpable por no dar las gracias todos los días por lo que tengo.

Quiero hablaros también de Graciella. Graciella es una niña discapacitada del hospicio, que además de tener problemas de corazón, tiene una enfermedad psíquica que la lleva a meterse las manos en la boca todo el rato, por lo que vomita todo lo que come, y decir que esa niña estaba desnutrida es quedarse corto. Le ponías la mano en el pecho y podías sentir perfectamente su corazón, y hasta como fluía la sangre por él. Lo que más me impresionó es saber que el año pasado, cuando vino el grupo de voluntarios, Graciella estaba peor. Es increíble como en esas condiciones puede haber mejorado tanto y de verdad espero que si vuelvo el año que viene esté mucho mejor. Cuando me sentaba al lado de Graciella o la daba un paseo lo primero que pensaba es que si nos la pudiésemos llevar a España, la meterían en una UCI con altos cuidados y tendría muchísimas más posibilidades de mejorar.

Cuando llegó el día de la despedida no podía parar de llorar, primero porque son niños tan cariñosos que es difícil no encariñarse un montón con ellos (ya se les echa de menos) y segundo, porque pensaba que yo en unos días volvería a España con todas mis comodidades, pero que ellos se quedaban allí. Me daba rabia no haber podido hacer nada más por ellos, pues al final lo único que había hecho era darles cariño durante unos días, pero ¿y el resto de días del año?

Después de estos días en Ouidah, fuimos a Nikki, al colegio que tiene Fundebe allí, para dar clase de español a los alumnos del colegio. Los primeros días fueron un poco complicados, porque yo no tenía experiencia dando clase y tengo que reconocer que es muy difícil ser profesor. Pero, pasados unos días, me di cuenta de que, aunque a veces pensase que en las dos semanas que iba a enseñarles español a los niños ellos no iban a aprender mucho, en realidad lo importante no es cuánto español aprendan, sino que lo que aprendan, por muy poco que sea, lo sepan bien, y que con eso que saben, estén más motivados a seguir aprendiendo, a seguir formándose y a seguir yendo al colegio durante el curso.

Además, en las dos semanas de clase, los niños te cogen muchísimo cariño. Te escriben cartas con mensajes como “te escribo porque quiero que entre tú y yo haya una buena relación de amistad” o “que Dios te bendiga y te de buena salud”. Como veréis, es imposible no cogerles cariño.

Sin embargo, la experiencia que más huella ha dejado en mí son los tres días que pasé ayudando en el hospital de Nikki.

Estuve en el área de urgencias pediátricas, donde acompañaba al pediatra mientras pasaba consulta, y nos explicaba lo que tenían cada uno de los niños. La mayoría tenían malaria grave con síntomas neurológicos o con anemia, otros tenían meningitis y otros tenían desnutrición. Yo veía a los niños muy débiles, de hecho, cuando me acercaba a ellos, apenas podía sacarles una sonrisa. Y es que los niños que hay allí son niños que están ya muy graves, porque sus padres no tienen dinero para pagar el hospital, y los traen ya tarde. Qué injusto es que yo tenga una seguridad social estupenda que a la mínima que me pase algo ya pueda ir al médico. Al ver esa sala de urgencias me parecía inexplicable como en España nos podemos quejar por tener una habitación doble en un hospital cuando aquí hay hasta tres niños en una misma cama, y sin embargo, ni los padres ni los niños se quejan por nada.

También en el hospital, tuve la oportunidad de ver nacer a una niña por cesárea. Esta experiencia para mí fue impresionante porque estudio segundo de medicina y era la primera operación que veía, pero también porque es precioso ver como comienza la vida.

Sin embargo, al día siguiente vi morir a una niña por malaria, por un paro cardíaco. Ese momento me marcó muchísimo, no daba crédito a lo que había visto, era injusto que una niña muriese tan pequeña, era injusto pensar que en ese hospital no había medios suficientes para tratar a esa niña, era injusto pensar que en España hay desfibriladores hasta en un parque y aquí no hay uno ni en un hospital. No podía parar de llorar, sentía impotencia por no haber podido hacer nada, por sentir que esa niña en otro país como el mío no hubiese muerto. Ese día sin duda marcó un antes y un después en mí, porque vi la injusticia más cerca que nunca, y es que en Benín, como en muchos otros países, mueren al día miles de niños por malaria, y en los países desarrollados no lo queremos ver, no nos queremos dar cuenta y miramos para otro lado, no se investiga lo suficiente sobre esta enfermedad porque no compensa económicamente, y eso es muy injusto.

Después de este día, y tras hablarlo con algunos voluntarios, me di cuenta de que una de las cosas más importantes para mejorar los países pobres poco a poco es la educación. Por eso es tan importante la labor que realiza Fundebe en Nikki. Es alucinante ver como a partir de una fundación que surgió a raíz de un voluntariado solidario a Benín en una parroquia de Madrid, hay ahora un colegio entero funcionando y unos 300 niños al año pueden ir al colegio y formarse para que en un futuro sean buenos médicos, profesores, arquitectos o políticos, para que así dentro de 30 años Benín sea un país mucho más próspero. Para terminar, algo fundamental es que después de este viaje continúe nuestra labor solidaria, ¡ahora a ser más solidarios que nunca!